

# JUANA DE ARCO.

## PRIMERA PARTE.

### I.

El amor de la patria es á los pueblos lo que el amor de la vida á los hombres aislados; porque la patria es la vida de las naciones. Este amor patrio al mismo tiempo ha producido en todos tiempos y países no escasos milagros de inspiracion y de heroismo. Y no podria ser de otro modo, porque las acciones son proporcionadas al móvil que las produce. La pasion del ciudadano por su patria se compone de todas las pasiones personales ó desinteresadas con que Dios ha formado el corazon humano: amor de sí mismo, y defensa del derecho sagrado que tiene todo hombre, al venir al mundo, á disfrutar su parte de sol sobre la tierra; amor de la familia, que no es otra cosa sino la patria en pequeño y estrechada alrededor del corazon de sus hijos, amor de padre, de madre, de los abuelos, de aquellos de quienes se ha recibido la vida, la ternura, el idioma, los cuidados, la herencia material ó inmaterial, al venir á ocupar el lugar que nos prepararon junto á ellos ó despues de ellos en las ciudades ó en el campo; amor de esposa á quien nuestro brazo debe proteger en su debilidad; amor de los hijos, en quienes revivimos por la perpetuidad de la sangre, y á los que debemos dejar, aun á costa de nuestra vida, el suelo, el nombre, la seguridad, la independencia, el honor nacional, que constituyen la dignidad de nuestra vida, el suelo, el nombre, la seguridad, la independencia, el honor nacional, que constituyen la dignidad de nuestra raza; amor á la propiedad, instinto conservador de la especie que da á cada hombre su pedazo de la misma tierra de que está formado; amor del cielo, del aire, del mar, de las montañas, de los horizontes, de los climas crudos ó dulces en que hemos nacido, y por hábito han llegado á formar parte de nosotros mismos, necesidades deliciosas de nuestra alma, de nuestros ojos, de nuestros sentidos; cariño á las costumbres, al idioma, á las leyes, que, por decirlo así, nos han sujetado desde la cuna, las cuales podemos modificar libremente con nuestras pro-

pias luces y nuestra voluntad nacional, pero de las cuales no debemos consentir que se nos despoje por la violencia de ejércitos estraños, porque la civilizacion misma, impuesta por la fuerza, es una esclavitud; y la primera condicion para que un progreso social sea aceptado por un pueblo, es que este pueblo tenga libertad de reclamarlo.

Recapitulando con el pensamiento de todas estas pasiones instintivas que constituyen, segun nosotros, el amor patrio, y añadiendo ademas una pasion natural en el hombre, la pasion de su propia memoria, del recuerdo de sus contemporáneos, de la gloria de su posteridad, que inspira y recompensa andando el tiempo los grandes sacrificios, se comprende que de todas las pasiones humanas, la del amor patrio es la mas poderosa, porque comprende á un mismo tiempo todas las demas, y porque si en la historia deben esperarse esfuerzos sobrenaturales, forzoso será hallarlos en el patriotismo.

### II.

Siempre que un sentimiento de esta clase llega hasta el entusiasmo en cualquier país, las mugeres le experimentan en igual y á veces en mayor grado que los hombres. La patria no les pertenece mas que á nosotros, pero como por su naturaleza son mas impresionables, mas sensibles y mas amorosas, se enlazan mas personalmente por todos sus sentidos y por su corazon con todo cuanto las rodea. Esta querida y deliciosa imágen de la patria se compone para ellas de sus madres, de sus hermanas, de sus esposos, de sus hijos, de sus hogares, de sus tumbas, de sus templos, de sus dioses; á todo esto se ligan como las cosas débiles á las fuertes, con tantos mas vinculos y con tanto mayor frenesí, cuanto que si faltan estos apoyos ellas perecen con ellos.

### III.

Y ademas, sabido es de muy antiguo; la muger, inferior por sus sentidos, es superior por su alma. Los galos la atribuian un sentido

mas, el sentido divino. Tenian razon: la naturaleza les ha concedido dos dones dolorosos, pero celestiales, que las distinguen y las elevan con frecuencia sobre la condicion humana: la piedad y el entusiasmo. Se sacrifican por la primera, se exaltan por el segundo. ¿Exaltacion y sacrificio no son una misma cosa? Tienen mas ánimo, mas imaginacion que el hombre. En esta se halla el entusiasmo, el sacrificio en el corazon. Las mugeres, por lo tanto, son mas naturalmente heróicas que los héroes; y cuando el heroísmo debe rayar en lo maravilloso, el milagro debe esperarse de una muger. Los hombres se detendrian ante la virtud.

## IV.

Todas las naciones tienen en sus anales algunos de estos milagros de patriotismo, para cuyo instrumento elige Dios á una muger. Cuando ha llegado á perderse la esperanza en una causa nacional, no hay que desesperar del todo si aun queda un poco de resistencia en el corazon de una muger, ora se llame esta Judit, Clelia, Juana de Arco, la Cava, Victoria Columna ó Carlota Corday. Empero estoy muy lejos de comparar del mismo modo á las mugeres que acabo de citar. Judit y Carlota Corday, se sacrificaron; mas se sacrificaron hasta el crimen; su inspiracion fué heróica, pero eligieron malas armas, echando mano del puñal del asesino en vez de tomar la espada del héroe. Su sacrificio fué célebre, pero poco notable, es cierto. Juana de Arco no empuñó otra arma que el acero de su patria, y por esta razon se la consideró en su época, no solo inspirada por el patriotismo sino tambien por Dios.

## V.

Esas inspiraciones que las creencias populares juzgan como maravillas, son milagros naturales en efecto, evocaciones materialmente divinas que llaman por sus nombres á las jóvenes para encomendarlas á salvar á su nacion, ó son simplemente milagros naturales, intimaciones mudas de la inspiracion interior, consecuencias aisladas de la impresion de todo un pueblo reasumiendo todos sus padecimientos en un solo corazon, su grito en un solo grito, y verificando de este modo por medio de un solo brazo el prodigio de la salvacion de todos? A el historiador reflexivo no se ocurren ninguna de estas dudas. Si rechaza el sarcasmo, esa impiedad contra la admiracion con que un grande hombre ha profanado su genio,

intentado profanar aquella pobre mártir de la patria, no introduce en la historia las puerilidades de la imaginacion popular. El milagro del heroísmo es mayor que el de la leyenda: no le comenta, le refiere únicamente. La critica sucumbe ante la sinceridad de un niño. El entusiasmo es un fuego sagrado, cuya llama no puede analizarse, porque el que lo intenta pierde la cabeza y se abrasa. He aqui el espíritu que nos ha de guiar al referir esta historia, mas parecida á una narracion de la Biblia que á una página del mundo moderno.

## VI.

Era el año 1429. Descomponiase la Francia antes de estar acabada su constitucion. Aquella gran monarquia, que no era casi mas que una confusa confederacion de vasallos independientes y muchas veces rivales de la corona, habia caído destrozada en la anarquía. Al perder su unidad iba á perder su independencia. El cielo la habia castigado con dos azotes, una reina perversa y un rey insensato, un interregno y una regencia. Los interregnos en una monarquia son estravíos de la autoridad; las regencias son los gobiernos del débil. Una sola de estas condiciones basta para perder á una nacion. Cualquier gobierno es preferible á esos gobiernos sin poseedor, y disputados por la intriga ó por las armas entre partidos ambiciosos.

Cárlos VI era rey en el nombre. Atacado de locura por el terror que experimentó escapando á duras penas de la muerte, en una fiesta que sus compañeros de placeres y él se habian cubierto el cuerpo con estopas empapadas en resina para imitar á los brutos y en donde cuatro de sus cortesanos fueron consumidos por el fuego ante su vista, languidecia en un idiotismo interrumpido por accesos de furor ó por un abatimiento que le asemejaba á un niño. Habíase casado con Isabel de Baviera. Esta jóven reina, dotada por la naturaleza de la hermosura de las *Popeas* y *Teodoras*, esas cortesanas elevadas al trono por el vicio, tenia tambien sus ligerezas, sus perversidades y sus ambiciones.

Apenas subió al trono esta jóven princesa, cuando presintió en su esposo la puerilidad de espíritu que debía bien pronto degenerar en demencia. Entregada por las costumbres depravadas de aquella época al torbellino de los mas arrebatados placeres, sintió una pasion culpable y política hácia el jóven duque de Orleans, hermano del rey. Este principe formado mas bien por su valor para subir al trono, y por su gracia para seducir el corazon de una muger, participó de aquel ardor por inclinacion y por ambicion. Una orgía nocturna que

se celebró á consecuencia de una mascarada, fué el preludio del crimen. Desde aquella época fatal, reinaban el duque de Orleans y la reina, unidos por la pasion, por el crimen y por el interés. Los grandes vasallos, los tios del rey, el duque de Borgoña, el duque de Anjou y el duque de Bretaña, celosos de aquel reinado que les arrebatava la explotacion del reino, habian arrastrado á su causa al hijo del rey, todavia niño. En aquellos dias de ferocidad que recordaban la antigua Roma por los asesinatos, y la Italia moderna por las conjuraciones, todas las intrigas se desenlazaban por medio del puñal. Llamado una noche con un falso pretexto el duque de Orleans, y al salir del palacio de la reina, es derribado de su caballo y recibe trece puñaladas por veinte hombres desconocidos, que dejan su cuerpo ensangrentado á las puertas de su palacio. El rumor público acusó del crimen al duque de Borgoña, al jóven delfín de asentimiento, y de complicidad á sus partidarios. La reina, al perder á un mismo tiempo su amor y su fuerza, juró lavar su llanto en la sangre del asesino. Coaligóse con el condestable d'Armagnac, suegro del asesinado duque de Orleans, contra el duque de Borgoña. Los Armagnac, familia sanguinaria, proscriben, asesinan, y á su vez son proseritos y asesinados en París. Sirviendo y dominando al propio tiempo á la reina, su instrumento y su victima, empiezan á alarmarse con el ascendente de un nuevo favorito, el jóven Boisbourdon, y se atreven á inmolarse á los pies de la reina, para reinar solos en su nombre.

Desesperada por la muerte, furiosa con el crimen, humillada del yugo, Isabel sacrifica sus resentimientos pasados á su odio presente, conspira con el duque de Borgoña la ruina y muerte de los Armagnac, y le vende á un mismo tiempo su sangre y su corazon en cambio de la venganza que espera de él. El duque de Borgoña, á favor de esta trama, entra en París, sacrifica á los Armagnac, satisface y domina á su reina, toma la tutela del rey, y combate en las provincias contra los restos del partido contrario, unidos á los ingleses. Divididos así en facciones los franceses, sucumben en la batalla de Arzincourt, que entrega la patria al rey de Inglaterra sobre los cadáveres de la nobleza francesa. Siete principes de la casa real quedan sepultados en aquel campo de batalla. El primogénito del rey muere de dolor, y su hermano envenenado por los enemigos de los Borgoñones. El tercer hijo del rey, despues Cárlos VII, crece en medio de aquella alternativa de molicie y de proserpciones, que recuerdan á Roma por la sangre y á las Galias por la ligereza. Intenta gobernar con los Armagnac, aparenta el cansancio de la guerra y la sed de la paz, y decide con gran trabajo al duque de Borgoña á una entrevista, preludio de una reconciliacion general de los principes y de los partidos, en el puente de Montrean.

Acosado el duque por la sombra de su victima el duque de Orleans duda y teme un lazo en su triunfo. Llévanle casi á la fuerza, y apenas entra en el pabellon donde debía celebrarse la conferencia, cae bajo el golpe del hacha de Tanneguy du Châtel. Se alza entonces un grito de horror en toda la Francia, y principalmente en París, vendido á los Borgoñones, acusándose al delfín, inocente del crimen de los Armagnac, únicos que le habian cometido para evitar la reconciliacion de los dos principes. Isabel, que acusa ella misma á su hijo, se hace sacar por los Borgoñones del cautiverio en que la tenían en Tours los Armagnac. Los Borgoñones y la reina se unen con los ingleses, dueños de la mitad del reino, y entra con ellos en París, sobre los cadáveres de dos mil parisienses inmolados á la venganza de Montrean. Entonces dió la mano de su hija á Enrique V, rey de Inglaterra. Embragados los parisienses con la popularidad del nuevo duque de Borgoña, proclaman, por instigacion de este vasallo, al rey de Inglaterra regente durante la vida de Cárlos VI, y rey de Francia despues de la muerte del Insensato.

El delfín, proserito por sus tios y por su madre, anda errante de provincia en provincia, declarado culpable de un crimen que no ha cometido, y entretanto el rey de Inglaterra va á tomar posesion de la regencia en París. Encuéntrense frente á frente dos Francias, dos reyes, dos regencias, dos ejércitos, dos gobiernos, dos naciones, dos noblezas, dos justicias, padre, hijo, madre, tios, sobrinos, ciudadanos, extranjeros, se disputan el derecho, el territorio, el trono, las ciudades, los despojos, la sangre de la nacion. La muerte arrebató en Vincennes al rey de Inglaterra, Cárlos VI le sigue á la tumba, padre de doce hijos de Isabel, y dejando el reino entregado al extranjero y la anarquía. El duque de Bedford toma insolentemente la regencia en nombre de la Inglaterra, persigue al puñado de nobles que querian permanecer franceses con el delfín, les derrota en la batalla de Berneuil, destierra á la reina, que habia llegado á ser un estorbo para el gobierno despues de haber sido un instrumento de usurpacion; concentra los ejércitos de Inglaterra, de Francia y de la Borgoña alrededor de Orleans, defendida por algunos miles de partidarios del delfín, y en donde se hallaba casi únicamente lo que restaba de reino de Francia. El flujo y reflujo de aquellas bandas, tan pronto de amigos, tan pronto de enemigos, devastaban las tierras, asolaban las mieses y quemaban los pueblos, dispersando, saqueando y destruyendo las poblaciones. Durante este vértigo de la patria, el jóven delfín, despertado unas veces por los gritos del pueblo, y otras adormecido en los placeres de su edad, se sentia embragado de amor hácia Inés Sorel en el palacio de Loches. Esta amante adorada de su jóven rey, sin reino, se avergonzaba por ella misma y por el delfín de una

dicha sin gloria. Cierta noche mandó llamar á un adivino para preguntarle su horóscopo, en presencia del delfín, y aquel para halagar su corazón ó su ambicioso orgullo, la profetizó que llegaría á ser algún día la esposa del mas grande rey de la tierra. «Si así debe suceder, dijo Inés Sorel levantándose y dirigiéndose al delfín, es necesario que vaya á casarme con el rey de Inglaterra, porque en la languidez que os encadena, observo sobradamente que no seréis por largo tiempo rey de Francia.» El delfín vertió lágrimas de vergüenza, dominó su amor y huyó al campo. Único rey quizá á quien el amor haya aconsejado el deber y despertado la virtud. Así, pues, buscando en vano sus súbditos en su pueblo; el pueblo buscando en vano á su rey en la monarquía; los franceses, buscando en vano una patria en la Francia; tal era el estado del país cuando la Providencia le reveló su salvación por medio de una niña.

## VII.

Había por aquel tiempo en Domremy, aldea de la Alta Lorena en Champaña, sobre una pendiente de los Vosges, no lejos de la pequeña ciudad de Vaucouleurs, una familia que llevaba el apellido de Arco. El padre de familia era un simple labrador que cultivaba sus heredades propias, y cuya mansión, la misma que habían poseído y edificado sus padres, debía pertenecer á sus hijos. A juzgar por las costumbres domésticas de su familia, reinaba en aquella casa el desbago y la piedad que procura el bienestar, y esa franca y espresiva nobleza de corazón que se halla en las personas que cultivan las tierras de sus mayores, mas bien que en las que trabajan en propiedades extrañas, porque la posesión de un pedazo de tierra, por pequeño que sea, conserva al campesino la independencia del alma, haciéndole conocer que es Dios quien le envía su pan cotidiano. El padre se llamaba Santiago de Arco; la madre Isabel Romea, sobrenombre que se daba en aquellos países á las peregrinas que habían ido á Roma á visitar las piadosas tumbas de los mártires.

Tenían tres hijos: dos varones, el uno llamado Santiago, como su padre, el otro Pedro de Arco, y una sola hija, nacida despues que sus hermanos, y cuyo nombre era Juana, á pesar de que su madrina la puso asimismo el de Sibila.

En el dintel de la puerta de su casa y toscamente esculpido sobre la piedra se veía un arado, blason del labrador.

El padre y ambos hijos cultivaban los campos y cuidaban sus aperos y ganado en aquel país en que las caballerías así aprovechaban para la labranza como para la guerra. La ma-

dre cuidaba solo del hogar doméstico, porque su posición era harto cómoda para no ocuparse mas que de los cuidados interiores, sin tener que manejar la podadera ni el cardillo. Educaba á su hija en la misma condición que ella propia disfrutaba en la casa del marido, y aun cuando Juana en su tierna infancia iba á jugar á los prados con las compañeras de su niñez, jamás su madre la ocupó como pastora en guardar los rebaños. No sabía leer ni escribir, por lo cual érale imposible enseñar á su hija lo que ella misma ignoraba; pero la hablaba de la religión, de la piedad, de la virtud, de todo cuanto una buena madre infunde en la memoria de sus hijos. Enseñábala á coser con esa perfección que es el arte doméstico de las jóvenes desde los tiempos mas antiguos. Juana adquirió tanta habilidad en las labores de su sexo que en el mismo Rouen, donde entonces se hacían trabajos de esta especie con extraordinaria perfección, no había matrona alguna que pudiera escederla. Hilaba también los vellones ó el cáñamo al lado de su madre, y de ella sola recibía su instrucción religiosa. «Ninguna muchacha de su edad y condición, contestó una de sus compañeras preguntándole acerca de su infancia, era tratada mas amorosamente en la casa paterna. ¡Cuántas veces iba yo á ella! Juana era una niña sencilla y tierna: la agradaba ir á la iglesia y á sus peregrinaciones devotas. Se ocupaba del trabajo doméstico como las demas muchachas. Se confesaba con frecuencia. Se ruborizaba cuando la criticaban su excesiva piedad, y lo mucho que iba á rezar á los santuarios. Hacía muchas limosnas y era muy caritativa. Cuidaba á los niños enfermos de la vecindad.» Un pobre labrador del país decía á sus jueces que se acordaba de que siendo niña Juana le había prodigado sus consuelos.

## VIII.

«Graciosa de rostro, iba creciendo desenvuelta y robusta. En aquel tiempo en que las mugeres solo caminaban á caballo, ella, todavía niña, iba con sus hermanos á conducir el ganado de su padre al prado del castillo de las Islas, en donde le encerraban por temor de las tropas. Es verosímil que entonces se familiarizara con los corceles, de tal modo, que despues no hubo quien pudiera competir con ella en el manejo de tan nobles animales. Refiere también que iba algunas veces con las jóvenes del pueblo á la linde de los bosques contiguos á la campiña, debajo de una corpulenta encina, llamada en el país el árbol de las Hadas; que al pie de aquella encina había una fuente á cuyas aguas se atribuía la virtud de curar las calenturas y otras enfermedades; que ella, lo mismo que las demas, tomó de aquel agua con

semejante intención; que los enfermos, despues de sanar, tenían la costumbre de ir á sentarse para reposar bajo su sombra; que las flores de mayo crecían en derredor del manantial, y que durante el estío, así ella como sus compañeras, las recogían para tejer coronas á la imagen de Nuestra Señora de Domremy. La hija de su madrina le decía que las hadas ó las señoras se aparecían milagrosamente en aquel sitio, y que ella misma las había visto, pero Juana no las vió nunca. Lo cierto, sin embargo, era que las jóvenes colgaban rosarios de flores en las ramas bajas del árbol, y que Juana había hecho como las demas; que unas veces sus compañeras se llevaban ramilletes al marcharse, y otras los dejaban en el árbol; que desde el momento en que concibió el proyecto de libertar la Francia, fué ya raras veces á distraerse bajo la encina de las Hadas; que en aquel sitio pudo bailar y cantar en sus tiernos años con los niños de su edad; pero que no se acuerda de haberlo hecho despues; que frente á la casa de su padre había otro bosque inmediato; pero que nunca hubo allí apariciones; que en la época en que le fué revelada su misión, su padre la decía, riéndola, que circulaba el rumor de que había recibido sus inspiraciones debajo del árbol de las Hadas; que ella le respondió no ser cierto; que un profeta del país decía con razón que del bosque Encinoso saldría una joven que haría maravillas; pero que ni aun á esto dió ella jamás crédito alguno!...»

La agradaba recordar en su prisión estos recuerdos de su infancia. Confortábase allí como con la frescura de sus primeros abrigos, y sin saberlo escribía de este modo aquellos años ignorados de su vida, en los cuales se complace en penetrar la vista para observar la oscuridad de donde ha salido la gloria y la dicha que produjo el martirio.

Uno de esos profetas populares que esparcen por do quiera los rumores acerca del porvenir, seguros de que los admitirá la credulidad natural en las edades de la ignorancia, el encantador Merlin, famoso en los poemas del Ariosto, había predicho que las calamidades del reino dimanarían de una muger desnaturalizada, así como la salvación del mismo de una tierna y casta joven. Este rumor ocupaba la imaginación del pueblo en aquellas provincias, pudiendo suscitar en el ánimo de cada doncella la idea involuntaria de ser el instrumento de semejante profecía.

La melancólica y reflexiva belleza de Juana al atraer la atención de los jóvenes intimidaba á la familiaridad; pero habo muchos no obstante que, enamorados de su gracia y su modestia, la pidieron á sus padres en matrimonio. Obsclinábase Juana en permanecer sola y libre, por un presentimiento desconocido sin duda que abrigaba, de que algún día habría de sacrificarse, no por una familia sino por un reino. El mas apasionado de sus pre-

tendientes se atrevió á reclamar su corazón como un derecho, jurando legalmente que ella le había dado palabra de matrimonio. La pobre niña, llena de vergüenza, pero indignada, compareció en Tolon ante los jueces y desmintió con juramento á aquel calumniador amoroso. Los jueces, que reconocieron el subterfugio del apasionado, enviaron á su casa en libertad á la atribulada Juana.

## IX.

Al paso que su belleza deslumbraba la vista, el recogimiento de su fisonomía, sus facciones meditabundas, la soledad y el silencio de su vida admiraban á su padre, á su madre y á sus hermanos. Nada del sentimentalismo de la adolescencia revelaba en ella su sexo, del cual solo tenía las formas y los atractivos; en ella no hablaban ni la naturaleza ni el corazón: su alma reconcentrada en su vista, parecía mas bien meditar que sentir. Compasiva y tierna, sin embargo, pero compasiva y tierna con una piedad y una ternura que encerraban algo de mas grande, de mas estenso que su horizonte; oraba sin cesar, hablaba poco y evitaba las compañías de su edad. Se retiraba comunmente para dedicarse á sus labores de aguja á un recinto aislado detrás de la casa, desde el que solo se veían el cielo, la torre de la iglesia y las montañas en lontananza. En aquel parage creía escuchar voces que el ruido exterior quizá hubiera apagado.

A los ocho años de edad ya se habían manifestado en ella aquellos indicios de su inspiración. Asemejábase en esto á las antiguas sibilas, marcadas desde la infancia con un sello fatal de tristeza, de hermosura y de soledad: instrumentos de inspiración reservados para los oráculos, y á cuya alma le estaba prohibido todo otro género de ocupación. Juana amaba todo cuanto padece, los animales, esos instintos dotados de amor hacia nosotros y que carecen de palabras para comunicárnoslo. Sus compañeras decían que era compasiva y amante con las aves. Las consideraba como criaturas condenadas por Dios á vivir al lado del hombre en limbos inciertos, entre el alma y la materia, y careciendo además su ser de una perfección completa, escepto la dolorosa de amar y sufrir. Sentíase inclinada hacia cuanto existe en la naturaleza de melancólico é infinito. «Gozaba tanto al oír el sonido de las campanas, dice el cronista, que prometía al campanero madejas de lana para la colecta de otoño, á fin de que prolongase cuanto pudiera el toque de las Ave Marias.»

Pero se compadecía sobre todo del reino de Francia y de su joven delfín, sin madre, sin país y sin corona. Las narraciones que oía día-

riamente á los monges, á los soldados, á los peregrinos y á los mendigos, los noticieros de las aldeas en aquella época, inspiraban á su alma la compasión hacia aquel gentil príncipe. Su imagen se asociaba, en el pensamiento de la joven, á las calamidades de su patria: con él la veía perecer y con él rogaba á Dios que la resucitara. Su imaginación estaba sin cesar ocupada por este sueño y esta tristeza. ¿Habrá de asombrarnos que tal concentración de pensamientos en una pobre niña ignorante y sencilla, produjese al fin en ella una verdadera trasposición de ideas y que escuchara físicamente las voces interiores que sin cesar hablaban á su alma? También hay alma en los sentidos de nuestro ser, porque si los sentidos engañan y ofuscan el ánimo por su exaltación y su desorden, el ánimo por su parte engaña y ofusca fácilmente los sentidos. Esas visiones y esas revelaciones maravillosas, aun cuando pueden ser ilusorias, no son una mentira para los que las experimentan y las refieren maravillas sinceras son fenómenos aun cuando no prodigios. Es muy difícil para el hombre, y mas todavía para la mujer cuando se hallan apasionadamente preocupados con una idea ó una duda, cuando se preguntan y escuchan en su interior, el poder distinguir entre su propia voz y la voz del cielo y decirse: «Esta es mía, esta es de Dios.» En tal situación el hombre se trasmite á sí mismo sus propios oráculos y toma á su inspiración por divinidad. Los hombres mas juiciosos se han engañado en esto lo mismo que las mujeres mas débiles: la historia nos ofrece innumerables de estos prodigios. La Egeria de Numa, el genio familiar de Sócrates, no eran sino la inspiración de su alma, haciendo las veces de los dioses. ¿Cómo la pobre pastora de una aldea frecuentada por las hadas é imbuida en tales revelaciones populares por su madre y sus compañeras, habría podido dudar de lo que Sócrates y Platon consentían en creer? El candor fué el lazo de su fe, su inspiración estaba poseída de los vértigos de su edad, de su sexo, de su época, de su credulidad. Creyó en palabras, en visiones, en prodigios; pero la maravilla fué la inspiración misma y el patriotismo triunfante atestiguan, cuando menos, en ella la divinidad del pensamiento y la verdad del corazón.

X.

Juana oyó durante largo tiempo, sin comunicar nada de ello, aun á su misma madre, aquellas voces que tan pronto le recomendaban la prudencia, la piedad y la virtud, como la hablaban de las llagas de la Francia y de los lamentos del pobre pueblo. Un día á eso de las doce se hallaba sola en el jardín á la

sombra de la pared de la iglesia, cuando oyó distintamente una voz masculina que llamándola por su nombre la dijo: «Juana, levántate; marcha al socorro del delfín, devuélvele su reino de Francia!»

El deslumbramiento que precedió á estas palabras fué tan celeste, la voz tan clara y la intimación tan imperativa, que cayó de rodillas y respondió escusándose: «¿Cómo he de ejecutar ese mandato, yo que no soy sino una pobre niña, que no sabré cabalgar ni conducir los guerreros al combate?»

La voz no admitió estas excusas, y repuso: «Irás á encontrar al señor de Baudicourt, capitán del rey en Vaucouleurs, quien te hará conducir á presencia del delfín. Nada temas; Santa Catalina y Santa Margarita irán en tu ayuda.»

A esta primera visión, que la hizo temblar de inquietud, pero que se reservó aun como un secreto entre ella y los ángeles, se sucedieron otras varias. Vió á San Miguel armado con una lanza, envuelto en rayos de luz tal como se hallaba pintado en el cuadro del altar de su pueblo. El arcángel la representaba los trastornos y la esclavitud del reino, pidiéndola se compadeciese de su país. Santa Catalina y Santa Margarita, figuras divinas y populares en aquellos contornos, se presentaron en las nubes como la había sido anunciado. Habló con voces de mujer, dulcificadas y enternecidas por la beatitud eterna. Sus cabezas estaban ornadas de coronas, y ángeles semejantes á dioses formaban su séquito. Aquel era el poema completo del paraíso entreabierto ante sus ojos. Su alma, en medio de aquella divina visión, olvidaba su deber, abismándose en las delicias de aquellas contemplaciones. Cuando cesaban aquellas voces, cuando se retiraban aquellas figuras, cuando el cielo volvía á cerrarse, encontrábase Juana bañada en llanto. «¡Ah! se decía á sí misma, ¡cuánto hubiera yo deseado que esos ángeles me hubiesen llevado consigo...!» Pero no lo quería así su terrible misión; Juana no debía volar á donde ambicionaba sino en alas de la llama de su hoguera.

XI.

Estas entrevistas, estas intimaciones, estas delicias, estas angustias duraron muchos años, y al fin acabó por confesarlo todo á su madre. Instruidos sus padres se extendió la noticia por todo el país y fué asunto de maravilla para los cándidos, de duda para los instruidos, de sarcasmo para los maliciosos, de amores para todos.

En aquel tiempo la misma idea é idénticas visiones ocupaban en distintos países á otras niñas y mujeres. Cuando el pueblo no espera

ya alivio ninguno de los hombres vuelve la vista á los milagros. Existía un verdadero contagio de maravillas y revelaciones. Una mujer del Berry, llamada Catalina, veía señoras blancas, vestidas de oro, las cuales la ordenaban: «fuera por las ciudades á pedir subsidios y soldados para el delfín. Era preciso que éste la diese escuderos y clarines para proclamar por do quiera que debían llevarse los tesoros encerrados, y que ella lograra descubrirlos.» Cuando el aire está impregnado de un miasma, todo el mundo le respira. La compasión de la Francia, la ternura hacia el delfín, el odio contra los borgoñones, el horror de la dominación extranjera, fanatizaban á las mujeres. Todas oían el grito de la tierra; algunas las voces del cielo. Además los poetas, los romanceros y los juglares de la edad media habían acostumbrado los ánimos á los papeles belicosos representados por mujeres, como se hallan en el *Tasso* y en *Ariosto*. Seguían á sus amantes á las cruzadas, les servían de pagés ó de escuderos, vestían la armadura, maneaban el corcel y vertían su sangre por Dios, por su patria ó por su amor. El vestir la coraza las mujeres daba hasta á las mismas guerras civiles el carácter caballeresco, que hacían meditar á los jóvenes y que debía producir frecuentes imitaciones. Encuéntrase siempre un ser excepcional para realizar aquello que todos han imaginado. La idea de una joven conduciendo los ejércitos al combate, coronando á su joven rey y libertando á su país había nacido de la Biblia y de los romances á un mismo tiempo. Era la poesía de las veladas de la aldea. Juana de Arco hizo de ella la religión de la patria.

XII.

Su padre, hombre de edad y austero, oía con sentimiento aquellos rumores de visiones y de maravillas bajo el techo de su humilde morada. No creía en manera alguna á su familia digna de aquellos peligrosos favores del cielo y de las visitas de ángeles y santos, que daban margen á las hablillas de sus vecinos. Cualquiera clase de inteligencia con los espíritus era sospechosa para él, sobre todo en una época en que la superstición atribuía tantas cosas á los malos espíritus, y en que el exorcismo y la hoguera castigaba toda especie de relación con el mundo invisible. Atribuía aquellas melancolías é ilusiones de su hija á alguna alteración en su salud, y deseaba casarla, á fin de que el amor de su esposo ó el cariño de los hijos tranquilizase su alma, y que las distracciones de madre de familia hiciesen evaporar aquella imaginación infantil. Llevó á veces su incredulidad hasta el rigor, diciendo á

Juana que: «si llegaba á entender prestaba fe á sus supuestas entrevistas con los espíritus tentadores y trataba de mezclarse en el estruendo de la guerra, preferiría antes verla ahogada por sus propios hermanos ó ahogarla él mismo.»

XIII.

El disgusto de su madre y ni aun las amenazas de su padre ahogaban las visiones ni las voces. Obediente en todo lo demás, Juana deseaba obedecer también en esto; pero la inspiración era mas obstinada que la voluntad. El cielo debía ser obedecido antes que los hombres, y el prodigio era para ella mas imperioso que la naturaleza. Sentía desobedecer y suplicaba á Dios le librase de aquella lucha que desgarraba su corazón. Esperaba conseguir mas tarde el beneplácito y el perdón de sus padres, como en efecto le obtuvo cuando su gloria habo justificado su desobediencia. La inspiración es igual que el genio; no se le corona sino despues de haberlos combatido.

XIV.

Habia, sin embargo, al lado de Juana un hombre de su familia, ó mas sencillo, ó mas tierno, ó mas naturalmente entusiasta que su padre, en quien la pobre inspirada hallaba algun apoyo, ó cuanto menos piedad. Era aquel un tío suyo, de quien la historia hubiera debido conservar el nombre cuando menos, por haber sido el primero que creyó en su sobrina y el primer cómplice de su genio. Estos segundos padres son á veces en las familias mas tiernos y mas paternales que los padres verdaderos, teniendo mas debilidades hacia los niños de la casa, porque desconfían menos de su amor, y á quienes aman por voluntad y no por deber. Tal parece haber sido el tío de Juana, el padre predilecto, el consolador, el confidente, el intermediario, en fin, seducido por su corazón entre su nieta y el cielo.

Para libertar á Juana de las reprensiones y amenazas de su padre y de sus hermanos, el tío la llevó algun tiempo á su casa con pretexto de que cuidara á su mujer que se hallaba en cama. Juana aprovechó aquella corta permanencia fuera de la casa de sus padres para obedecer al que mandaba en su alma. Suplicó á su tío fuese á Vaucouleurs, plaza de guerra inmediata á Domremy, y reclamase la intervención del señor de Baudicourt, comandante de la ciudad para que pudiese llevar á cabo su misión.